

14 JUNIO 1994

HOMENAJE A RAMÓN DE GARCÍASOL. ^{Alcázar de} Madrid

A esta tarde madrileña que será memoria ^{de}
de Ramón de Garcíasol, traigo yo, casi con el
polvo del viaje, un testimonio sencillo y leve.
En realidad, la modesta ^{intervención} ~~aportación~~ que yo
puedo traer aquí ya estaba hecha en mi tierra
y bastante antes de que el poeta y amigo
nos haya dejado para siempre.

~~El testamento~~

La circunstancia de su muerte reciente
puede poner en mis palabras más emoción, pero
no más verdad. Y está bien que en la hora
de la gran ausencia, ~~pero~~ lo dicho y escrito
en vida del amigo sirva para el nuevo y
definitivo lance. He aquí las palabras del
~~mi capítulo~~ capítulo que en mi libro más
se titula Garcíasol y León:

GARCIASOL y LEON

Tanto da que se hable de escritores como de pintores o de músicos, hay artistas que sin razones aparentes se vinculan a una tierra donde se les admira y quiere de manera especial; a "plazas", por emplear el término taurino, donde sus méritos encuentran un eco especial. Ramón de Garciasol nació en la Alcarria -pero que nadie busque la miel gratuita en su poesía-, trabaja y vive en Madrid, y aquí entre los leoneses ha encontrado una cierta sintonía. Su nombre figura en esa lista de personajes que con poesía viva o con su doctrina han desfilado por Villafranca para mantener la consabida fiesta de primavera. Y en nuestra colección Provincia es uno de los pocos autores "repetidores": *Poemas testamentarios* (número 16, en los albores de la colección) y *Escuela de la pobreza*, aparecido en 1981.

No hace mucho ha aparecido en las librerías *Diario de un trabajador*. El trabajo, asumido como eje de la condición humana, ya había motivado repetidos mensajes de Miguel Alonso Calvo, que es el nombre civil del poeta de Humanes: principalmente en *Los que viven por sus manos*, un bello volumen como de bibliófilos, en la aragonesa serie "Fuendetodos". La salida de ahora acontece en la Austral. Esa colección en cuyo catálogo cualquier escritor, incluso consagrado o académico ilustre, anhela ver estampado su nombre.

Así, de pronto, a mí me parece que el poemario de Fuendetodos nos transmite el drama quizá más punzante bajo las estrellas: el que a un ser viviente se le robe "la persona que va implícita en todo nacido". En este Diario, aquella idea nuclear de Garciasol permanece y acaso se amplía, pero la poesía que nos la comunica está "producida" por un trabajador que canta y cuenta al filo de su propio trabajo diario, a veces bajo apariencias anecdóticas, en poemas no muy extensos que invariablemente se certifican con el dato exacto, histórico, "laboral", de una fecha implacable donde constan el día y el mes y el año de la personal experiencia.

Pero hablábamos de que Ramón de Garciasol tiene en León una tierra receptiva, hospitalaria para su obra intensa y extensa. Y es obvio que estas coincidencias no vienen milagrosamente llovidas del cielo. Recuerdo que ya en *Correo para la muerte* Garciasol escribía una larga carta a un poeta leonés; y no dirigida a la calle del Agua de Villafranca, de donde el poeta se había "ausentado sin dejar señas". Allí, hablándole al fallecido Ramón González Alegre, este otro Ramón felizmente reinante Simpatizaba con la nómina de los leoneses que se llamaron Gil y Carrasco y Fray Martín Sarmiento, que se llaman Carnicer, Crémer, Dalmiro de la Válgoma, Gullón, Pereira...

En León, ya se sabe, queremos a quien nos quiere.

Este es, aquí termina, el texto que prometí en
unas pocas palabras. Pero ^{a esta velada} ~~no tengo solo así~~
no he venido solo como un mandado de mi tierra,
sino como hombre que se llama Antonio y
que tantas veces a lo largo de los años convulso
con el hombre llamado Miguel.

Nos queríamos. Lo diría que ^{en algo} nos parecíamos.
El padre de Miguel Alonso ^{Calvo} suavizaba el
cuero del calzón y mi padre duraba el cuero.
^{Ellos,} ~~Los dos~~ recios artesanos, vivían por sus manos.
En la vida de Miguel y en mi poca
significante biografía cuentan mucho los ojos.

Me atreveré a decir, que también, que ~~los~~
^{los} ~~ellos~~ nos fue difícil hacernos adultos,
aunque mucho mejor lo haya expresado
el poeta de Iruñea en su
estremecedor soneto de su libro: La madre

Aunque tengo que ser yo, solitario,
distinto a los demás, quiera o no quiera,
madre, quiero volver a la primera
mañana de tus ojos, planetario

único de mis días iniciales.

Entonces era tú. Aún no había
madurado el cantar, y me sabía
a tierra y leche y pájaros frutales.

Entonces era tú, era bien, era
la sombra luminosa de tu vida
sin la muerte y sus fríos maretazos.

Después... Aún es después. Y la gotera
que abrió tu ausencia, llueve en ancha herida.
¿Quién te mandó bajarme de los brazos?

^a ¿Quién te mandó bajarme de los brazos?
Yo le he recordado muchas veces ^{a Miguel} este verso
final, crece de un poema que no he olvidado:
que asumió, simplemente, como si fuese uno en
el orden del puro ~~placentero~~ sentimiento.

No sé el número de libros de versos que
me dejó el poeta y amigos. Muchos, y valiosos,
en un espacio ~~de~~ largo y ~~pero~~ seguramente frecuentes
en los estantes de ~~la biblioteca~~ ^{alguna} más personal
de ~~la~~ biblioteca. De todos estos ~~preciosas~~ colecciones
me gustaría escoger, para terminar mi intervención
un poema. Lo tengo bien elegido. Es el que leí
en Villafraanca del Pedregal una mañana de junio
ante centenares de oyentes, y se llama
Camposanto de Tobá!

CAMPOSANTO DE TOBIA

El camposanto de Tobía es muy pequeño,
apenas un jardín de muertos,
un perpetuo
asombro de quien mira como ciego.

Tres cipreses de verde fresco
hacen la guardia de lo eterno,
puntuales de la muerte alabarderos
vestidos de gran gala y de respeto.

Junto a la tapia una niña juega su juego
o más bien escucha un cuento
-el de nunca acabar, el bueno-
que le cantan corales ángeles del Cielo.

Hay también en el silencioso huerto
unos cuantos campesinos, cuerpos
que en su día supieron
de amor y espigas, ya sin esqueleto
siquiera, polvo de gentes que recuerdo
y nunca conocí: su eco
bajo la tierra de mi tierra y verbo
trabajador. Fueron
como yo soy ahora, un vuelo
en esta luz de agosto y fuego,

quizá menos dolidos de mi duelo
que yo del suyo.

El molinero
pasa un carro de niños sobre sacos llenos
de harina seminal y mañanera. Veo
que yo fui como ellos,
una asombrada piel, chico de pueblo,
que vi cómo se araba, y luego
se hacía la simienza, y bajo el duro invierno
los granos aguardaban creciendo
a que la primavera verdease el campo inmenso
de mi Castilla, del paniego
terrón que trae espigas a mi pecho.

Tengo
metido el campo entre los huesos,
su dulce pajareo.

Llevo
la lluvia, el sol. el acarreo,
la siega, la vendimia, el horizonte abierto,
el racimo, la oliva y el sarmiento
en el gusto del árbol de mi sangre ardiendo,
en las raíces de mi verso.

Y cuando pasan esos
niños del carro molinero,
recuerdo
que yo fui como ellos,
frágil estar viviendo
sin apenas saberlo,
atrojando experiencia y sentimiento:
de lo que era entonces voy luciendo,
me mantengo.
Pasan los niños, y me quedo
entre los álamos de frente al cementerio,
en el milagro de su luz inmerso,
mojado de su gracia. Y no puedo
sino sentir, sentirme estar latiendo
el oleaje de ese mar tremendo
de la vida en que voy y vengo, consciente tabla de vaivén y sueño,
de niebla o deslumbrante pensamiento,
en el que soy espuma de misterio
un momento.
(Estoy bajo este denso
hervor de verde. Canta el viento
en los álamos altos. Suena el tiempo.

Y callo, que callar es todo el verbo)